

UN HOMBRE CON OFICIO

Roberto Mañón Garibay

Margarita tomó la pistola “Luger”, calibre 45, repetición automática, tipo escuadra, balas expansivas con casco de plata, del año 94, cacha con chapa de oro de 18 quilates, alemana, armada en Dusseldorf, y se borró la cara.

Mario entró entonces a la recámara de su hermana, vio a la occisa y salió corriendo al patio de la casa. Regresó con dos cubetas llenas de agua y jabón, dos jergas y un jalador, y comenzó a limpiar el tiradero de sesos, sangre, piel y huesos.

Estaba muy entretenido cuando tocaron a la puerta insistentemente. Era la policía, que fue llamada por una vecina metiche al escuchar el espantoso estruendo. Sin recibir señales de vida, dos uniformados forzaron la puerta, subieron a toda velocidad por las escaleras y encontraron a Mario tallando con fruición un pedacito de bulbo raquídeo que se había fijado a la pared como con pegamento.

Uno de los policías gritó horrorizado y se abalanzó sobre Mario. Hombre de casi dos metros y unos ciento diez kilos, Mario le propinó un codazo al policía en el mentón, intentando zafarse, pero fue tan fuerte el mandarrizazo que el famélico guardián de la ley quedó fulminado en el piso. El otro policía le pidió, entre temblores de cuerpo y de voz, con una pistola en



la mano “El Tigre”, calibre 38, repetición manual, tipo revólver, balas con casco de acero, del año 85, cacha de plástico, mexicana, armada en Huixquilucan, que subiera las manos, que estaba detenido. Mario, tranquilo como siempre, dejó la jerga sobre la computadora con la mano izquierda mientras con la derecha empuñó la pistola de Margarita y le voló la cara al policía. Entonces salió corriendo y regresó con otras dos cubetas llenas de agua y jabón, dos jergas y un jalador, y comenzó a limpiar el tiradero de sesos, sangre, piel y huesos del nuevo difunto.

Tardó seis horas en limpiarlo todo, incluido el trío de muertos, a los que depositó en el patio de servicio. Cuando vio la recámara inmaculada sonrió satisfecho y regresó a San Bernardino, en donde los doctores lo esperaban preocupados porque se había escapado desde temprano, después de recibir una llamada de Margarita en la que le había dicho que lo quería ver por última vez. Le dieron la bienvenida y, junto con ella, también a sus mejores e inseparables compañeros: dos cubetas llenas de agua y jabón, dos jergas y un jalador. ☒

Roberto Mañón Garibay (Ciudad de México, 1966). Mexicano, comunicólogo por la UAM - Xochimilco. Es egresado de la Escuela de Escritores de la Sogem y diplomado en publicidad, con varios cursos en mercadotecnia.

Ilustraciones: Leo Lobos (Chile)